

972.07

S.

PQ 7297

S 2

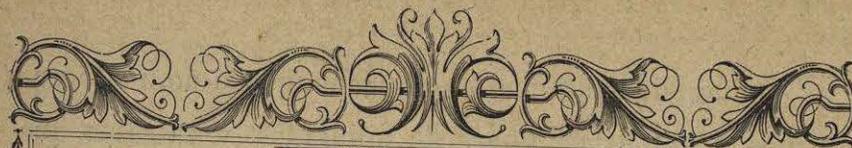
D 4

V. 2

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta y Litografía de Henrich y C.<sup>a</sup> - Barcelona, Calle de Córcega.



## EL GOLPE DE ESTADO

### CAPÍTULO PRIMERO

#### Una sesión del Constituyente

**E**NTRAMOS al café del *Progreso*, y un criado italiano, meloso, risueño y comunicativo, con el bigote engomado y la servilleta al hombro, nos preguntó:  
— ¿Qué va á ser?

— Para mí, contesté, *Amor de ángel con Profundidad de infierno*; para el señor, *Celos de clérigo con golpes y toques de Satanás en acecho*.

— ¿Qué dices, muchacho? me preguntó alarmado el padre Huerta. ¿Esto es una nevería ó es la zahurda de Plutón?

— Nevería es y muy honrada; pero el dueño ha tenido la más graciosa idea del mundo poniendo á sus helados esos títulos espantosos.

—Pues, de todos modos, despacha, que si no, no logramos entrar á la Cámara de diputados; y ya sabes que



hoy se discute en lo general el proyecto de Constitución, y que el demagogo Ramírez, el pirrónico descarado, como se llama él mismo, ha anunciado uno de sus tremendos discursos.

— No hay para qué andar con prisas; siempre habrá lugar para un capitán ayudante del Excmo. señor Presi-

dente, contesté con suficiencia y presunción. Créamelo, padre, agregué con sorna, aunque me acompañe de un curácuaro, de un ensotanado, de un ave negra, sobraré quien me abra paso.

— ¿Pero quién te ha enseñado esas atrocidades, muchacho de mis culpas? me dijo alarmado Huerta. Si tu padre te oyera, se caía muerto de la pena; él, que como todos los *polares* de su tiempo, tenía como máxima aquello de

Si ser felices queréis,  
Mis muy amados paisanos,  
Patria y virtud no olvidéis;  
Sed liberales cristianos.

— Pues diría que esas cosas eran fruto de las predicaciones del acreditado jacobino Fray Antonio Huerta, quien me enseñó esos y otros primores.

— Pues sabe que, jacobino y todo, como me llamas, soy y seguiré siendo siempre católico, apostólico romano. Dios no quiera que por seguir esta ó la otra teoría políticas, abandone las santísimas creencias que me imbuyeron mis padres y en que me confirma el hábito que llevo. Católico y liberal soy, y católico y liberal moriré. ¿Por qué no me ha de tocar algún día oír en nuestras iglesias, mezcladas á las armonías divinas de los himnos reli-

giosos, las otras armonías que celebran la conquista de la santa libertad?

Me reí tomando por exceso de inocencia el modo de discurrir de Huerta, y le contesté en broma; pero á poco, ya dentro de la Cámara de diputados, tuve que guardar silencio.

La galería estaba llena de gentes, que no se fijaron en nuestra presencia; inclinadas en el antepecho de las balaustradas, devoraban el salón iluminado, en que se veían muchos vestidos negros, muchas calvas relucientes, muchas melenas alborotadas y muchas manos que movían papeles, hojeaban libros y se hacían señas.

La presidencia la ocupaba Farías, el patriarca de la libertad mexicana, el viejo adalid de nuestras luchas por el progreso. Era pálido, pálido, casi marfilino, de dulces ojos, de mirada tierna, con aspecto de sufrimiento y resignación.

El padre Huerta estaba que no se le cocía el pan.

— ¿Quién es, me decía, ese chiquitín, nervioso, movido, de vocecita suave y amanerada, que acabá de pedir la palabra para una aclaración?

— Es Guzmán, el orador famoso.

— ¿Y aquel torpe, encogido, arrancherado, de buen rostro, que mira desconfiado á todas partes como palurdo que por primera vez visita la corte?

— Ese es Fuente, el coahuilense, orador á la inglesa,

calmoso, de voz gutural, enemigo de retóricas, pero lleno de ciencia política, de habilidad en los negocios, de conocimiento de los hombres y las cosas. Ha sido el gran adversario de Vidaurri, el visir de Monterrey, y lo ha atacado con una destreza y un talento asombrosos.

— ¿Y el de mirada dura, barba de barboquejo y aspecto de clérigo evangélico?

— Es Mata, uno de los adalides de la Comisión de Constitución, gran lógico, razonador de fama y teórico de veras.

Llegaban á nuestros oídos risas ahogadas: un orador del género gracioso decía que no alcanzaba á comprender una república con frailes y monjas, con pasaportes y cartas de seguridad, con fueros, privilegios, estancos, sistema prohibitivo...

A ratos pedía el poder municipal; á ratos la uniformidad de legislación civil, penal y comercial en toda la República; á ratos el establecimiento ó la abolición del jurado.

— ¡Ah, sí! dijo el padre; Mata, el veracruzano. El que si como médico mata...

— Como orador asesina, interrumpí yo.

— ¿Y el alto, barbudo, de buen porte, de mirada franca, bien peinado é irreprochable de traje?

— Don Ponciano Arriaga, el presidente de la Comisión de Constitución. Habla tarde y difícilmente cuando el

asunto no le interesa; pero en cuanto entra en calor, su voz adquiere inflexiones y matices de que cualquiera pensaría estaba muy distante; se excita, se anima, acciona, vibra, en fin, como un instrumento exquisito.

De repente se estableció el silencio; subía á la tribuna un individuo bajito de cuerpo, de tinte icterico, de mirada inteligente.

No necesitó el padre preguntarme su nombre, pues de todas partes se oyó:

— Va á hablar el *Nigromante*.

— Es Ignacio Ramírez.

— Es el enemigo de los frailes.

— Es el ateo. Su fama empezó con el discurso en que sostuvo que Dios no existía y que sólo movían la creación fuerzas naturales.

— ¡Bandido! decía un espectador de sombrero ancho enseñándole los puños.

— ¡Fuera el impío! clamaba otro, por las señas personaje del depósito.

— ¡Viva el indio Ramírez! gritaba uno poniéndose las manos en la boca á modo de bocina.

— ¡Viva el gregoriano! voceaba un chico estudiante al parecer.

El hombre parecía no oír nada.

Se encaminó con paso firme á la tribuna, se apoyó en la barandilla, dijo: *Señores*, y empezó por atacar, no los

artículos del proyecto á discusión, sino las palabras iniciales: «En el nombre de Dios y con la autoridad del pueblo mexicano... los representantes de los diferentes Estados que componen la República de México... cumplen con su alto encargo...»

Empezó con seriedad, reposadamente; pero á poco y sin querer, el razonamiento se le escapaba y se convertía en epigrama sutil, en dardo envenenado, en maza que hería, en boca que se burlaba, en diente que mordía y destrozaba.

«Yo bien sé, decía, qué hay de ficticio, de simbólico y de poético en las legislaciones conocidas; nada ha faltado á algunas para alejarse de la realidad, ni aun el metro; pero juzgo que es más peligroso que ridículo suponernos intérpretes de la divinidad, y parodiar sin careta á Aca-mapich, á Mahoma, á Moisés, á las Sibilas...»

«Señores, por mi parte lo declaro, yo no he venido á este lugar preparado por éxtasis ni por revelaciones; la única misión que desempeño, no como místico, sino como profano, está en mi credencial; vosotros la habéis visto; ella no ha sido escrita, como las tablas de la ley, sobre las cumbres del Sinaí, entre relámpagos y truenos. Es muy respetable el encargo de formar una Constitución, para que yo comience mintiendo...»

Nadie se reía, nadie aprobaba, nadie aplaudía; no había sino un inmenso asombro de oír en aquella sala

voces que no se habían escuchado nunca, y que se creían signo de los tiempos.

Luego habló de la suerte de los jornaleros. «El jornalero es esclavo, gritaba.

Acordamos con entusiasmo un privilegio á quien introduce una raza de caballos ó inventa un arma mortífera; formemos una Constitución que se funde en el privilegio de los menesterosos, de los ignorantes, de los débiles, para que de este modo mejoremos nuestra raza y para que el poder público no sea más que una beneficencia organizada...»

Tronó contra el salario, contra la tiranía del capital, defendió el dere-

cho al trabajo, y concluyó entre aplausos de los mismos que lo habían vejado é insultado.

Tras un diputado que no recuerdo, se puso en pie Arriaga. Contestó lo mismo á los que pedían siguiera rigiendo la Constitución de 24 que á los que pedían reformas extraordinarias.



D. IGNACIO RAMÍREZ

Defendió la invocación del nombre de Dios con brío y con calor. «Si en todas las acciones humanas se tuvieran presentes los beneficios y mandatos del supremo Hacedor de las sociedades, habría menos errores y menos desaciertos en este mundo. La República no invoca el nombre de Dios para profanarlo con la opresión, ni con la servidumbre, sino para consolidar su libertad. El verdadero derecho divino, concluyó, lo constituyen la libertad y la democracia.»

Era ya de noche cuando salimos de la sesión, haciendo comentarios y disputando arduamente.





El cuarto era chiquito, pero albeando de limpieza...



## CAPÍTULO II

### La sabiduría de mis tiempos

**E**L cuarto era chiquito, pero albeando de limpieza; obscuro, pero adornado con primor; pobre, pero visitado como ermita de santo milagroso. Se había sacado todo el partido posible del hueco de la escalera vieja y escueta de una casa del Portal de Santo Domingo.

El cartel, de estrambótica caligrafía, en que figuraban las letras muñecos patizambos, despernados, de brazos enormes y cabellos crespos, decía:

*«Se escribe y enseña á escribir toda clase de letras con anbas manos; hortográfica ilógicamente, y lo que es más concetido común. Sedún legciones á domisilio; por el profezor que lo es, FRANCISCO GONZÁLEZ GORDOA.»*

Cuando llegamos yo y el padre Huerta, oímos una voz que decía, con acento de quien siente que le aprietan las narices los anteojos con guarnición de asta:

«... Vió un conciliábulo en el infierno.

»... Entraron los diablos en Congreso, y entre todos ellos hicieron la Constitución y el Código; y Lucifer mandó á los demonios que extendieran esa Constitución por el mundo, para pervertir á todos; y se vació el infierno para guerrear con los cristianos; y aun los animales se metían embistiendo á los buenos y no á los malos.

»... Y me aseguró su confidente, entre otras cosas, que el rey ha de venir aquí, aunque los hombres no quieran, porque Dios lo quiere así...

»... Vió la venida de los anglo-americanos al reino; sus sectas, máximas y vestuario y que ellos han de ser los martirizadores y les han de deber mucho dinero...

»... Vió los martirios que se harían en la ciudad; la salida de las religiosas á sus casas, hasta las Capuchinas; y que se verán dichas religiosas en tanta pobreza y necesidad, que pedirán en los zaguanes de los senadores lo que sobre de sus mesas para comer...»

Aquí el lector hizo una pausa; tosió, gargajeó, lanzó un escupitajo y siguió con su sonsonete:

«... Vió la vuelta de los españoles al reino y que los recibieron aquí con aplauso; que los otros de esa nación

que se conservan aquí y que han sufrido en lo pasado, les llamarán fundamentos de la ciudad...

»... Vió la venida del rey de España; y entonces, sin que nadie lo eche ni le pague su dinero, se retirará el anglo-americano á su patria...

»... Y al rey que venga le han de hacer su palacio en Nuestra Señora de Guadalupe...

»... Los americanos irán á Europá á traer el rey, y los españoles resistirán y harán guerra; y será la última guerra de España...

»... Recogerá todas las religiosas, sin que ninguna quede en la calle; las llevarán á sus conventos y encontrarán todas las cosas que dejaron en sus celdas; de modo que si una paja queda en sus celdas cuando salgan, esa paja encontrarán; porque ni el aire la moverá, y hará el Señor muchos milagros en favor de las religiosas...»

Hizo una nueva pausa el lector, y entonces Huerta, tosiendo, llamó la atención del insigne Senado, que estaba todo oídos.

— ¡Pero, padrecito, qué milagro! dijo un sujeto tripón que estaba por el suelo sentado *more turquesco*.

— ¡Ay, qué lindo mi padrecito Huerta! exclamó la dueña de la casa, que mangoneaba cerca del braserillo esparciendo un olor de fritanga que se metía por las narices.

— Todo el mundo sentado, no se mueva nadie, dijo

Huerta. ¿Qué se leía, que me pareció oír que revolvían á Roma con Santiago, contando milagros, ejemplos ó cosa así?

— ¿Qué había de ser, padrecito de mi alma, qué había de ser sino las profecías de la madre Matiana, criada que fué del convento de San Jerónimo por allá hace miles de años, y que supo adivinar todo lo que está pasando y todo lo que sucederá? Es para alabar á Dios.

— ¿Y esas profecías han sido examinadas por el ordinario, ó siquiera se ha comprobado que haya existido la tal madre?

— ¿Cómo no, señor, terció uno de los concurrentes; si en vida de mi señor arzobispo hizo tales milagros, que dejó espantado á S. Ilma. y llenos de confusión á los incrédulos?

— ¿Y aquí se leen cosas de substancia, no, Francisco?

— Ah, señor, lo que se puede. Si S. P. se acerca á aquel tinglado con libros, verá el *Lavalle mexicano*, las *Respuestas familiares á las objeciones contra la religión*, el *Despertador eucarístico*, y las *Obligaciones del hombre*, por Escoiquiz.

— Y también, dijo el Padre incorporándose del asiento de palma que le habían cedido, *El Cervecero rey*, por D'Arlineourt, el *Mozo expósito en Granada, Córdoba y Burgos*, *Matilde ó las Cruzadas*, *El Ivanhoe*, *La Cabaña de Tom*, *El Trovador*, *Ana Bolena*, *La trenza de sus cabellos* y

*Don Gonzalo de Córdoba ó la Conquista de Granada*, por el caballero Florián.

— Sí, Padrecito, no se dirá que aquí no se procura la ilustración que tanto cacarean los jacobinos; pero la ilustración que se busca es la cristiana, la verdadera, la sólida.

— Claro; bien se ve en *La Italia Roja*, que ocupa lugar de elección, en el *Bertoldo*, *La portentosa vida de la muerte*, por el Padre Bolaños, la *Disertación sobre el baile de San Gonzalo*, por el M. R. P. Tomás Blasio, de la Orden de Predicadores, y Doctor de la Universidad de Guadalajara.

— Pero fíjese su Paternidad en esto, que es la gloria de la casa. Son libros tan altos, tan altos, que por más que me fatigo el entendimiento no logro saber qué quieren decir.

— Ajajá, dijo Huerta riendo á carcajadas; aquí tenemos el famoso «Grano de Evangelio en la tierra virgen. »Cristo, seminario de toda enseñanza, limitada por haberla puesto en estas pajas el Padre José de Ormaza, de la Compañía de Jesús». Sigue, exclamó abriendo otro volumen, la «Racional campana de fuego que toca á que »acudan todos los fieles con agua de sufragios á mitigar el »incendio del purgatorio en que se queman las benditas »ánimas que allí penan. Su autor el Padre Feliciano Sevilla, predicador y misionero de la Orden de Capuchinos.»

Le alargué media docena de librillos en pergamino, que se habían caído, y al recogerlos dijo el Padre:

— ¡Hola! si para que nada faltara aquí están también mis antiguos conocidos: la «Anatomía espiritual», la «Médula espiritual», los «Gritos del purgatorio», los «Gritos del infierno y medios de acallarlos», del Padre Boneta, y sobre todo, las «Gracias de la gracia, saladas agudezas de los santos», que es el centón más lindo de disparates que se ha escrito desde que hay plumas y gansos á quien arrancárselas.

Siguió examinando el fraile durante un largo espacio.

— Creía, gritó, que era falso que acumulaban á los regulares; pero veo que en realidad se escribieron los famosos *nadas* de Fray Diego de Madrid. Por el hábito que visto, mi querido Gordoá, que no dejaré en poder de usted estas preseas; me las llevo para deleitarme y para mostrarlas á los hermanos. Oigan ustedes:

«Nada con voz y voz en ecos de nada, multiplicada y expresada en varias oraciones evangélicas, morales y panegéricas, por Fray Diego de Madrid, año de 1736...» Y engolosinado por los plácemes que debe de haber recibido, el bueno de Fray Diego salió á los tres años cabales, que no necesitó menos para parir esas atrocidades. Mucha atención: «El César, ó nada y por nada coronado César, San Félix de Cantalicio. En sus *nadas* sus grandezas, su portentosa vida recopilada, aplaudida, entretejida y coro-

nada de varias oraciones evangélicas, morales y panegéricas...»

— Así nos han dejado, exclamé, esos primores literarios: crearon una sociedad que «por la noche rezaba el rosario y por el día se arrastraba á los pies del Príncipe de la Paz, que tenía las ciudades llenas de conventos y los caminos infestados de ladrones...»

Me miraron con enojo todos los tertulianos; pero queriendo desviar su atención, preguntó mi amigo el fraile:

— ¿Y qué hay de política?

— ¡Ni nos diga S. P.!, exclamó una señora de tápalo amarillo, túnico hasta la espinilla, medias de la patente y babuchas *tapeladas*. Aquí don Pancho, antes de ponerse á leer esas profecías que nos han consolado tanto, nos hablaba del hallazgo de anoche en el callejón de Santa Clara: un *dijunto* que por las señas era caballero, pues traía *ragland*, reló, anillos con brillantes en los dedos y sombrero de tres viviendas. Era un dolor verle, según cuentan, pues no tenía sino una herida en medio del pecho y clavado un puñal que llevaba en la cacha un letrero colorado: *por puro*. Así se estuvo horas y horas.

— No crea, señora mía, dijo sonriendo el fraile, en semejantes patrañas, que sólo el candor de mi amigo Francisco puede propagar. A nadie asesinan por puro, ni por moderado, ni por conservador; pero si así sucediera, puede estar segura de que no le dejarían al difunto puña-

les clavados en el pecho ni letrerillos teatrales de que sólo se tiene noticia en los novelones que lee el dueño de esta casa. Pero hay algo que me hace creer es una mentira cuanto le han contado: un muerto que dura en México tendido horas y horas con reló, brillantes ó siquiera zapatos, es un muerto de mentirijillas, es un muerto de broma.

— ¡Así está usted, Padrecito! interrumpió Gordo con voz tonante, pues negar que ahora pasan cosas espantosas es negar la luz del día. *Ay* nos han echado no sé qué *jais* de ley para que los señores del clero y los militares puedan ir á la cárcel como todo el mundo, y otra para quitarles á los conventos su dinero y sus casitas.

— Pues si los clérigos y los soldados son buenos, no tendrán inconveniente en que los juzgue quien quiera: al buen pagador no le duelen prendas. En cuanto á la ley de desamortización, no se quita nada á nadie, sino que se permite vender propiedades.

— ¿Y qué necesidad tienen los señores regulares de permisos de vender? Si así los cuitados se cogen una oreja y no se alcanzan la otra, ¿qué harán cuando se les obligue á vender lo suyo?

— ¡Pero Gordo, por Dios! ¿usted ignora que sólo los bienes de los conventos de México valen más de diez y seis millones de pesos? ¿No sabe que hay multitud de gentes que se mueren de hambre, sin trabajo, á causa de que toda la propiedad es de manos muertas?

— Ya me lo echaron á perder á S. P. los malditos jacobinos, exclamó el memorialista.

— ¡Ni digas eso, hombre! interrumpió con enojo Francisca, su mujer, hembra de carne fofa que infundía el an-



tojo de plantarle los dedos en la cara, por si acaso se le quedaban señalados; gorda como un ahuehuate centenario, al grado que cuando se inclinaba para los menesteres de la cocina, parecía una vaca holandesa con el trasero para la puerta. No digas tonterías, que el Padre nos cuenta esas cosas por *tantearnos*. Él sabe bien el castigo que le ha venido al pícaro Comonfort por andar dando leyes contra la religión.

— ¿Qué castigo ha sido ese, vamos á ver? pregunté con sorna.

— ¿Ves, Pancha? ¿Ves, mujer, á lo que te expones? El

señor, por la pinta, parece ayudante del don Ignacio y no dejará de denunciarnos ante Juan José Baz, para que nos hagan barrer las calles.

— El señor, dijo Huerta, es mi amigo, y persona cuya discreción fío. No ha de ser el capitán Pérez de la Llana quien lleve soplos ni se degrade con chismes.

— Pues si al cabo lo que yo iba á decir no ofende á nadie: que el Presidente tiene desde hace días la lepra del piojo y que los médicos no hallan qué hacer para salvarlo. Un *totorote* tan grande y tan gordo tiene que sentirse de muerte con una cosa así...

— No, señora, no se aflija usted, que don Ignacio está bueno y sano, gracias á Dios y á su buena complexión. No tiene lepra ni trazas de tenerla.

— Y Dios nos libre de que coja siquiera un resfriado, exclamó con vehemencia el fraile, porque ahora no tenemos otra salvación en lo humano.

— Pero si es tan bueno el hombre, ¿cómo no calla ó manda callar á esos arengadores blasfemos, desvergonzados é indecentes, que van diariamente á decir tonterías al Congreso?

— Ganas le sobran de hacer muchas cosas; pero no las hace por una razón muy sencilla: porque no puede.

— ¡No puede y es el Presidente! Que le hubieran venido al señor Santa Anna estos abogadillos de tres al cuarto hablándole de derechos y de libertades, y habrían visto

si con él valían tonterías. Es que todos son unos, y si bien canta el abad, no responde mal el sacristán. Pícaros y bribones son los diputadillos charlatanes, y bribón y pícaro es quien los consiente.

— Ah, señor, dijo la casera, corrigiendo el exabrupto marital; dispénselo usted que está *irrito* como siempre que habla de estas cosas. Pero considere usted que es de los cruzados de Puebla, y que está aquí no más por no darme una pesadumbre, pues sería mi muerte verle otra vez en revoluciones.

— Sí, señor; tengo la honra de ser de los socorridos por el jefe de usted con una moneda de á peso, con que fabriqué, como mis compañeros, un anillo que tiene una cruz que nos sirve á los amigos del orden para reconocernos.

— ¡Jesús y divino Antonio! ¿luego todavía piensan en revoluciones? gritó la del tápalo amarillo.

— Sí, señora: ó hemos de valer nada, ó esto quedará como debe quedar.

